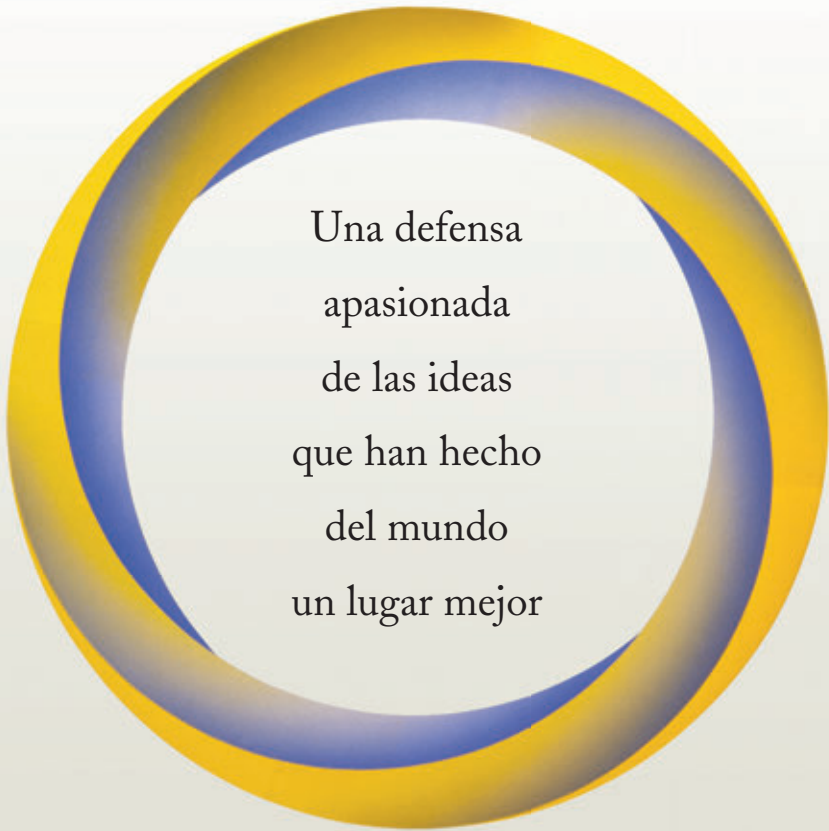


LA IMAGINACIÓN CONSERVADORA



Una defensa
apasionada
de las ideas
que han hecho
del mundo
un lugar mejor

GREGORIO LURI

Ariel

Gregorio Luri

La imaginación conservadora

Una defensa apasionada de las ideas
que han hecho del mundo un lugar mejor

Ariel

Primera edición: enero de 2019

© 2019, Gregorio Luri Medrano

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-2961-1

Depósito legal: B. 27.571-2018

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

<i>Alegato a favor del conservadurismo</i>	11
1. El conservador no es sólo moderno.	25
2. El conservadurismo, la ideología de la preeminencia de la prudencia	55
3. La politeia como hecho político básico.	83
4. El animal político como ser anfibio.	105
5. El animal político no cabe en las ciencias sociales	137
6. Teoría de las separaciones políticas: ser político y tiempo	169
7. Algunos rasgos de la teatocracia moderna.	187
8. La inestabilidad esencial de la politeia europea	225
9. Los límites de la razón política: persuasión, mentira y verdad	253
10. Conservadurismo y liberalismo	275
11. La verdadera cuestión.	295
<i>Índice onomástico</i>	331

El conservador no es sólo moderno

EL PODER DE NUESTRA HISTORIA

Permítame el lector comenzar con un cuento transmitido por Gershom Scholem en *Las grandes tendencias de la mística judía*.

Cuando Baal Shem Tov tenía que resolver un asunto de la máxima dificultad, se recluía en un lugar determinado del bosque, encendía una hoguera y se concentraba en una plegaria silenciosa. Y lo que pedía, se realizaba.

Cuando, una generación más tarde, el Maggid de Meseritz se encontraba en una situación semejante, acudía al mismo lugar del bosque y decía: «Nosotros ya no sabemos encender el fuego, pero aún sabemos la oración». Y lo que pedía se realizaba.

Pasó una generación más y el rabino Moshe Leib de Sassov tuvo que enfrentarse a un reto similar. Fue igualmente al bosque y dijo: «Nosotros no sabemos encender el fuego, tampoco conocemos los misterios de la plegaria, pero conocemos aún el lugar preciso del bosque donde sucedía todo, y con eso es suficiente». Y fue suficiente.

Una generación más adelante, el rabino Israel de Rishin se vio también acuciado por problemas urgentes. Pero permaneció en su casa sentado en su silla y dijo: «Ya no sabemos encender el fuego, tampoco sabemos decir las plegarias, ni tan siquiera conocemos el lugar exacto del bosque, pero to-

davía podemos contar la historia». Y la historia que contó tuvo el mismo efecto que las prácticas de sus predecesores.

Espero que al terminar este capítulo haya quedado perfectamente claro por qué este cuento tiene un profundo significado conservador.

LA VEJEZ NO ES NECESARIAMENTE UN AXIOMA MORAL

La vejez es un axioma físico en el sentido de que, aunque se presenta inesperadamente (nada me ha cogido más desprevenido en mi vida que la llegada de mi propia vejez), su presencia es tan clara y distinta que no puede dudarse de la misma; pero trae consigo demasiados achaques para que pueda servir de principio sobre el que sustentar una teoría sensata de un conservadurismo no reumático. No es un axioma moral. Por eso el conservadurismo no es —no puede serlo— la ideología de los jubilados. Si bien los jubilados tienen motivos para ser conservadores debido a su experiencia, los jóvenes aún tienen más, debido a su inexperiencia. Pero estos motivos no se defienden a sí mismos, sino que necesitan ser proclamados y defendidos.

A Jonathan Haidt, un profesor de ética del liderazgo de la Stern School of Business y autor de un libro titulado *The Righteous Mind*, se le ocurrió pedir a los centenares de psicólogos sociales que asistían a un congreso, que levantaran la mano según se identificaran con las etiquetas ideológicas que les iría mostrando. El 80 % se consideró de izquierdas o de centro izquierda; el 2 %, centrista o moderado; el 1 %, liberal. Nadie admitió ser conservador. Estoy convencido de que las cosas están cambiando y que en el conjunto de Europa, con la excepción de España (donde nadie quiere ser públicamente ni de derechas ni conservador), es hoy más fácil declararse heterodoxo, es decir, conservador, que hace treinta años, posiblemente porque han visto con más claridad que nosotros cómo se agostaba el optimismo revolucionario de la

izquierda y el progresismo se hacía pesimista a medida que iba sustituyendo la ideología de clase por discursos heterogéneos sobre los traumas, estigmas y descontentos sufridos por diferentes grupos (es lo que se ha dado en llamar *politics of identity*), cosa, por cierto, de la que los obreros parecen tomar buena nota. En nuestras universidades está imponiéndose un estereotipo teóricamente poco consistente, pero políticamente muy eficaz, que presenta al conservadurismo como un conjunto de prejuicios trasnochados y añoranzas de un pasado en el que el servicio sabía cuál era su lugar y los pobres, educados en la resignación, cedían disciplinadamente el paso a los ricos con la esperanza de ser recompensados con un gesto caritativo. En definitiva, el conservadurismo universitariamente en curso vendría a ser algo así como el proyecto que da cobertura ideológica a quienes quieren salvaguardar a ultranza los privilegios adquiridos y, sobre todo, heredados, por una minoría elitista.

A una institución conservadora se le supone poca luz natural, mucha pátina, atmósfera estancada, paredes con cuadros de marcos ampulosos mostrando severos retratos de hombres blancos muertos y señores maduros con cara de retratos de sí mismos, cómodamente sentados en mullidos sofás fumando en pipa parsimoniosamente mientras observan con un aparente desinterés las oscilaciones de la Bolsa, creyendo que aún continúan dirigiendo los negocios que desde hace décadas controlan sus gestores.

El estereotipo ha triunfado hasta el punto de que no estoy seguro de que podamos hablar en España de una tradición viva del pensamiento conservador. Dudo incluso que haya entre nosotros un pensamiento conservador políticamente activo. Esto no significa que no haya políticos discretamente conservadores, instituciones discretamente conservadoras, discretos historiadores del conservadurismo o discretos impulsos conservadores en la sociedad, sino que ni los políticos, ni las instituciones, ni los historiadores, ni los impulsos se expresan a sí mismos en un pensamiento conservador

bien articulado, optimista, sugestivo y capaz de hacer frente a los retos del presente.

Y, sin embargo, hay fuerzas profundas en la realidad de las cosas humanas que, al mismo tiempo que impiden que nuestras sociedades sean exclusivamente modernas, nos animan a buscar, como proponía Maura, «nuestra fuerza en la opinión pública».

NADA MODERNO Y MUY SIGLO XXI

El deporte intelectual preferido de muchos «ilustrados» ha sido ridiculizar todo cuanto consideran que dificulta el triunfo de «las ideas nuevas», ya que si son nuevas... ¿cómo no han de ser buenas? John Stuart Mill trató a los conservadores de «the stupid party» y Feijoo, de «cerebros callosos» para quienes «toda novedad es mentira; toda vejez, axioma», que «en oyendo o leyendo algo contra la común opinión, tocan a novedad, como a fuego». Esta caricatura, tan cómoda, ahorra el debate de ideas y no sé si por eso mismo ha acabado imponiéndose socialmente en España, donde es mucho más llevadero pasar por liberal-conservador o, simplemente, por centrista, que por conservador, para evitar que le cuelguen a uno el sambenito de casposo opositor a cualquier «incremento de las libertades». Nuestros medios de comunicación, siempre dispuestos a sumarse al desfile triunfal de lo moderno, aportan sin problemas de conciencia profesional su grano de arena a la confusión y cuando se ven obligados a dar cuenta del triunfo electoral de una opción conservadora, aquí o en cualquier sitio, lo hacen con indisimulado dolor y recurriendo frecuentemente al manido sofisma de un supuesto voto cautivo de los menos educados (prefieren reservar el sustantivo «trabajador» para los votantes de izquierda). No negaré que hay conservadores perdidos en la nostalgia del pasado, como hay progresistas perdidos en la nostalgia del futuro, pero aquellos no me parece que representen sino un conservadu-

rismo acartonado y sin cintura al que aquí daremos el cariñoso nombre de paleoconservadurismo.

El oscurantismo del conservadurismo sólo se sostiene gracias a la falsa imagen que proyecta sobre él la Guardia Roja del tiempo.

En abril de 1843, en un artículo titulado «La fuerza del poder y la monarquía», Balmes desarrollaba una reflexión que no ha perdido vigencia:

Hombres que tan inconsiderablemente condenáis todo lo antiguo, que creéis haber iluminado el mundo, que os figuráis a la humanidad envuelta en gruesas tinieblas hasta que vosotros las disipasteis con los vivos resplandores de la filosofía, no reprochamos, no, vuestra conducta [...], pero sí tenemos derecho a exigir os que meditéis algo más sobre vuestros principios, que no achaquéis tan livianamente a fanatismo y apocamiento, lo que anduviera guiado por profunda sabiduría, que no os imaginéis que la humanidad marchaba a la decadencia y envilecimiento si vosotros no hubieseis venido a torcer su carrera. Si demandáis tolerancia para vuestras opiniones, dispensadla vosotros a las ajenas.

Que esto lo diga Balmes tiene especial relevancia. ¿Hubo alguien entre el clero católico español más consciente de lo que significaba la industrialización y «el gusto científico del siglo» y menos apegado a las nostalgias prerrevolucionarias que lastraban la acción política del paleoconservadurismo? La preocupación de Balmes, conservador cabal, nunca fue cómo frenar el cambio histórico, sino cómo dar forma a un pensamiento que «ni desprecie lo pasado, ni desatienda lo presente, ni pierda de vista el porvenir». Cuando escribe las anteriores palabras está haciendo lo posible por conseguir poner fin a las guerras civiles mediante el matrimonio de Isabel II con el pretendiente carlista, el conde de Montemolín (futuro Carlos VI), a quien ofrece argumentos para que publique un manifiesto que, en aras de la reconciliación, diría:

Durante los vaivenes de la revolución se han realizado mudanzas trascendentales en la organización social y política de España, algunas de ellas las he deplorado ciertamente como cumple a un Príncipe religioso y español; pero se engañan los que me creen ignorante de la verdadera situación de las cosas y con desigmo de intentar lo imposible. Sé muy bien que el mejor medio de evitar la repetición de las revoluciones no es empeñarse en destruir cuanto ellas han levantado ni en levantar cuanto ellas han destruido. Justicia sin violencias, reparación sin reacciones, prudente y equitativa transacción entre todos los intereses, aprovechando lo mucho bueno que nos legaron nuestros mayores, sin contrarrestar el espíritu de la época en lo que encierra de saludable. He aquí mi política. No hay sacrificio compatible con mi decoro y mi conciencia a que no me halle dispuesto para dar fin a las discordias civiles y acelerar la reconciliación de la Real familia.

En la Corte de Madrid rechazaron sin miramientos los esfuerzos de Balmes. Isabel se casará con Francisco de Asís de Borbón y el país pagó con su sangre el precio de esta ceguera. Decepcionado al constatar que lo necesario no resulta en política siempre inevitable, Balmes se deja arrastrar por el desaliento. «Yo no puedo detener —le escribe a su amigo Viluma el 23 de septiembre de 1846— las borrascas que van a desencadenarse ni nadie tampoco: quien lo intente se estrellará [...]. ¡Pobre país! —concluye—. Siempre el poder militar, como si gobernar fuese pelear y una nación pudiera convertirse en un campamento.»

Hay debilidades muy humanas que un conservador no se puede permitir, como la de hacer abstracción de la realidad efectiva, que es la única realidad política, para entretenerse en las alternativas del «¿qué hubiera ocurrido si...?». Estos divertimentos ayudan poco a entender —y aún menos a aceptar— la naturaleza de las cosas humanas, aunque puedan aclarar la de las literarias. Puede ser tentador entretener el ocio con la melancolía de las imágenes de lo que pudiera haber sido si Jovellanos o Balmes se hubieran salido con la

suya, pero cuando nos perdemos en estas divagaciones estamos incapacitándonos para comprender eso característico de las cosas políticas que se pone de manifiesto en la diferencia entre lo deseable y lo real.

Hace ahora cien años, Ortega y Gasset se estrenaba en *El espectador* presentándose como «nada moderno y muy siglo xx». La reivindicación del conservador de nuestro tiempo debería ser de este tenor: «Nada moderno y muy siglo xxi». Ser moderno quiere decir estar tan sometido a la mística autoridad de lo que se lleva, que no se ven las ideas que nos llevan, porque discurren subterráneamente bajo nuestros pies. Ahora bien, si uno se detiene a contemplar la amplitud circundante y se sitúa al margen del desfile común hacia el futuro, no tardará en descubrir, con Arthur Ranc (*communard*, redactor de *L'Aurore* y fundador de la *Gauche démocratique*), que *on est toujours le réactionnaire de quelqu'un*. Inevitablemente, en arte y en política, siempre somos un reaccionario para alguien. Los socialistas, desde Largo Caballero a Felipe González, pasando por Mitterand, han acumulado abundantes pruebas al respecto. ¿Qué significa, entonces, *reaccionario*?

UN EJERCICIO DE CIRCUNSPECCIÓN DE LA AMPLITUD CIRCUNDANTE

Detengámonos pues a contemplar lo que nos rodea. Si abrimos bien los ojos se nos mostrará muy pronto algo muy elemental pero con frecuencia ignorado por quienes sólo sienten apego al desapego: que no es verdad que todo pase. No pasa ni tan siquiera lo que creemos perdido en el olvido, porque en la medida que nos ha pasado, ha contribuido a configurarnos. El pasado nos envuelve en nuestra vida cotidiana tanto en nuestros pensamientos (no podríamos pensar si sólo tuviéramos presente), como en nuestra manera de habitar nuestras ciudades y nuestros campos. Lo que hace falta es saber si estamos dispuestos a poner en cuestión

todos los muros invisibles que nos impiden acceder a esta herencia colectiva.

Comencemos por nuestras ideas, que parecen tan nuestras. La mayor parte de ellas son residuos regurgitados de sistemas filosóficos y religiosos que hace tiempo estuvieron muy vivos: alma, virtud, patria, bien, causa, materia, forma, idea, dialéctica, diálogo, justicia, erotismo, hombre, ironía, mito, ciudad, técnica, arte, útil, voluntad... Las palabras que utilizamos para clarificar nuestro presente poseen su propia historia y suele ser tan compleja que para comprenderlas hemos de salir del presente y reconstruir su genealogía. Necesitamos viajar al pasado para entender bien lo que nombramos cuando creemos nombrar lo que tenemos ante los ojos. No es un viaje difícil. Basta con abrir los grandes libros de nuestra tradición. Comprobaremos que, en cierta medida, los grandes autores del pasado están más vivos que nosotros. La prueba de ello es que toda persona con una cierta formación cultural cuando abre un gran libro teme más defraudar a su autor que ser defraudado.

En los grandes libros hay, si se los sabe escuchar, una defensa de nuestros derechos a aspirar a la excelencia.

Las voces de los grandes hombres pueden apagarse precisamente porque no han dejado sus obras en fideicomiso expreso a nadie. Pero por eso mismo están a nuestra disposición si nos consideramos fideicomisarios competentes «de los mayorazgos de la inteligencia» (la expresión es del conservador Severo Catalina, fiel servidor de Isabel II).

Salgamos ahora a leer el paisaje, a captar las melodías de nuestro mundo. Encontraremos el trazo del pasado en la misma modulación de la geografía que tenemos ante los ojos: la geometría de los campos de cultivo, los caminos, los recodos, los bancales, las ermitas, los vados, las fuentes, las lindes... El paisaje es un libro abierto que nos cuenta la lenta transformación de la naturaleza por medio de la cultura... Esas ruinas ante las que podemos pararnos para afirmar como Quevedo: «tendrán sentido»... Aquellas jotas que echo tan-

to en falta cuando recorro los campos de cultivo de mi pueblo, sustituidas por el rugir impersonal de los motores. Los nombres de los ríos, las llanuras, las montañas... la memoria de que aquí, en este preciso lugar, sucedió esto o aquello... Claudio Sánchez-Albornoz rememora emocionado desde el exilio sus paisajes más queridos:* «Veó también, al otro lado del anchuroso valle Amblés, el castillo de *Más que os pese*. Se alza sobre un altivo cerro que señorea las tierras del pueblo de Sotalbo. Poéticos nombres los de muchos lugares de mi tierra: Madrigal, Hoyo-casero, Soto-albo, Solo-Sancho, Son-soles, Ama-vida, Ojos-albos, Tornadizos, Vico-lozano, Salva-Dios y la Hija de Dios; estos dos incluso comparables al más extraño de los nombres geográficos que me son conocidos: el de una altura de las cercanías de Belchite, llamada *La novia del viento*». Quien ama cuanto le circunda entiende bien por qué cuando los masáis fueron trasladados de sus tierras ancestrales a nuevos territorios, decidieron poner a los nuevos paisajes los nombres de los antiguos para encontrar en lo nuevo algo de los ríos y colinas que habían dejado atrás y poder así orientarse entre lo diferente. Entiende igualmente al Azorín que en los campos de Pulpillo siente la presencia de «las almas tumultuosas y desasosegadas» de Palafox, Teresa de Jesús o Larra.**

Entremos en la ciudad. El pasado nos sale al encuentro en el trazado de las calles, en la distribución de los espacios públicos, en los monumentos civiles y religiosos, en el diseño de las fachadas, en los apellidos de los ciudadanos... en la piedra espiritualizada de las iglesias... Cada ciudad nos muestra en su fisonomía un estilo peculiar de vida. Lo ha explicado muy bien Ortega en su *Introducción a un don Juan* (1921) hablando de la capital de Andalucía: «En una ciudad milenaria como Sevilla, que ha servido de lecho y de cauce a tantas civilizaciones, se halla todo impregnado de densas

* Claudio Sánchez-Albornoz, *Frente al mañana*, 1944.

** Azorín, *La voluntad*, 1902.

advertencias: cada cosa palpita cargada de mil alusiones, y es para el viajero sensible llegar a Sevilla penetrar en un sonoro enjambre de abejas espirituales, hechas de oro y de temblor, que le asaltan presurosas e innumerables y aspiran a dejar en el alma transeúnte, a la vez, su agujón y su miel».

Regresemos ahora al interior de nuestras casas. ¿No se nos ofrece sintetizada toda la historia humana en un humilde trozo de pan, en unos zapatos, en el mando a distancia del televisor? ¿No hay un destilado del trabajo de siglos tras un interruptor eléctrico? Cada objeto cotidiano es un eslabón de una cadena inmemorial de transmisión del conocimiento práctico, el residuo material de la experiencia de muchas generaciones. Para quien tenga despierto el sentido histórico, no hay un objeto tan sencillo en una casa que no sea un valioso documento histórico de cómo hemos llegado a ser lo que somos.

Sin memoria, no hay circunspección; y sin circunspección, no hay conducta prudente. No se puede ser conservador por ignorancia del valor de lo moderno. Se es conservador cuando se sabe que lo que se ama en lo moderno forma parte también de un mundo de segunda mano.

EL COMPROMISO CON LAS DIFERENTES DIMENSIONES DEL TIEMPO

El conservadurismo es un compromiso con las diferentes dimensiones del tiempo. Por esto el conservador no es —objetivamente hablando— un reaccionario. El reaccionario vive tan asomado al pasado como el revolucionario vive asomado al futuro. Uno idealiza el ayer y otro el mañana, pero ambos ven el presente como lo que no debería poder ser. Es o un «ya no» (las ruinas de lo que fue) o un «aún no» (la promesa de lo que será). El reaccionario vive de nostalgias inalcanzables y el revolucionario de esperanzas ciegas. A diferencia de ellos, el conservador pretende darle profundidad y den-

alidad al presente porque sabe que cada día se adentra un paso en el futuro. Por eso tiene en tanta estima el hilo de Ariadna de la memoria, que, al fin y al cabo, es siempre un asunto del presente. ¿Qué es pensar, sino poner en relación crítica la memoria (en tanto que residuo que han dejado en nosotros las experiencias vividas al pasar), la experiencia presente y las expectativas?

Si el paleoconservador vive en la espera de que el futuro repita lo mejor del pasado, el revolucionario vive esperando que los bienes del futuro compensen todas las penurias del presente y del pasado. La utopía paleoconservadora es un pasado idealizado y la utopía moderna, un futuro idealizado.

El revolucionario, que es el futurizador impaciente, sueña con tanta intensidad en el mañana que el hoy le parece vacío de sustancia. Padece lo que Michéa llama el «complejo de Orfeo», una pulsión ideológica que le impide mirar hacia atrás. Recordemos a Trotski, que mirando hacia la utopía veía un hombre nuevo, «incomparablemente más fuerte, más sabio y más sutil. Su cuerpo será más armonioso, sus movimientos más rítmicos, su voz más melodiosa. Las formas de su existencia adquirirán una cualidad dinámicamente dramática. El hombre medio alcanzará la talla de un Aristóteles, de un Goethe, de un Marx». * Frente a este monstruo de perfección, el hombre real, cotidiano, no puede menos de empequeñecerse, de verse sí mismo como un defecto a reparar.

Una sociedad alimentada con un monorrégimen de pasado, es una sociedad de digestiones lentas, dispéptica, condenada a sucumbir bajo el peso de sus recuerdos; pero una sociedad alimentada con un monorrégimen de futuro (que en algunos aspectos relevantes es la nuestra) está permanentemente hambrienta, condenada a devorar innovaciones, sin nutrirse de ninguna.

El conservador acepta, con Burke, que la sociedad es la continuidad de los muertos, los vivos y los que han de venir.

* Trotski, *Literatura y revolución*, 1924.

Para que la continuidad sea efectiva, los muertos también tienen derecho a mandar sobre los vivos. Hay que subrayar el «también», porque no se trata de cederles el mando en exclusiva, sino de concederles el honor de consejeros de la conducta prudente. Vázquez de Mella se apropió de esta idea con estas palabras: «Siento la solidaridad, no sólo con los que son, sino con los que fueron, y por eso la siento con los que vendrán».*

Juan Valera, el español del siglo XIX que, según Eugenio d'Ors, «fue a la vez más castizo y más cosmopolita, el que supo más, a la vez, de mística y de repostería, de metafísica y de rigodones», le escribe a Menéndez Pelayo desde Lisboa, donde era embajador: «Créame, los bárbaros no vienen del Septentrión: están en casa» (5 de febrero de 1883). Los bárbaros son los que no saben vivir en el presente si no es parasitándolo con la añoranza o de pasado o de futuro, convirtiéndolo así la actualidad en un paréntesis o «un mientras tanto», una estación de paso, un lugar en el que nadie desea echar raíces, carente de interés intrínseco.

Nadie ha criticado con más agudeza a los inmovilistas que Jaime Balmes en su *Pío IX*, que tantas animadversiones le ganó entre los católicos más reaccionarios. Vio de manera diáfana que «hay algo en la marcha de los acontecimientos que no cabe en moldes mezquinos; hay algo en la corriente de las ideas que pasa por entre las vallas de las bayonetas; hay algo en la agitación presente y en los secretos del porvenir que no se encierra en las carteras diplomáticas. Es preciso no confiar demasiado en los medios represivos porque la experiencia los muestra débiles; a ideas es necesario oponer ideas; a sentimientos, sentimientos; a espíritu público, espíritu público; a la abundancia de mal, abundancia de bien; a constancia en disolver, constancia en unir; a tenacidad en trastornar, perseverancia en organizar». Quien desee vivir en el presente ha de atreverse a mirar de frente, pero pru-

* Vázquez de Mella, *Los tres dogmas nacionales*, 1915.

dentemente, a lo nuevo, «y no lanzar un ¡ay! de espanto a cada paredón que se desploma en los antiguos edificios del mundo político. Todo lo humano envejece».

Si alguien cree que el pensamiento político de Balmes ha perdido su vigencia, es que no lo ha leído: «¡Ay de las instituciones cuyos custodios no vigilen para ir las acomodando a las necesidades de la época! El mundo marcha; quien se quiera parar será aplastado, y el mundo continuará marchando».

En definitiva: quien quiera evitar desplomes y ruinas, que haga reparaciones y reformas. «¿Queréis evitar revoluciones? Haced evoluciones.» Para influir en política, nos repite Balmes en diversas ocasiones, hay que respirar el aire de nuestro tiempo «y aceptar las condiciones y medios de lucha establecidos por las ideas y las costumbres de la sociedad moderna».

Pero para respirar el aire de nuestro tiempo y entender sus ideas y costumbres, no hay que ser sólo moderno.

LO MODERNO COMO CATEGORÍA AXIOLÓGICA

No hay nada que dificulte más a muchos modernos la visión del presente que su necesidad imperiosa de querer ser sólo modernos.

Cuando yo era niño a todo el mundo le parecía evidente que progresar era trabajar menos que tus padres, ganar más y llevar una vida más desahogada y, tal como se decía entonces, «con más posibles». Se creía que el progreso estaba al alcance de quien pudiera permitirse —con frecuencia gracias al sacrificio de toda la familia— abandonar el pueblo y estudiar bachillerato en una ciudad importante. Uno podía, evidentemente, negarse a progresar, pero no podía evitar ver cómo otros progresaban. El progreso, en este sentido, era lo deseable, lo que todo padre desea de manera espontánea para sus hijos. Al fin y al cabo, la idea

de progreso no es —¿no era?— sino el resultado de la inflación ideológica de lo deseable. Todos sabíamos que había que pagar algún precio por el progreso: para los pobres, el de un cierto desarraigo, pero lo ganado parecía manifiestamente superior a lo perdido.

Reinhart Koselleck cuenta, en su *Historias de conceptos*, que en un pueblecito alemán de finales del siglo XIX, el hijo mayor «de una familia de artesanos hizo la confirmación. Al volver a casa, le dieron una sonora bofetada, por última vez, y a continuación pudo sentarse a la mesa». Hasta ese momento, siguiendo la costumbre, tenía que comer de pie, como cualquier otro niño. Pero aquel día sucedió también algo extraordinario. El padre invitó a su segundo hijo, que aún no había sido confirmado, a sentarse en la mesa con los demás sin recibir la bofetada. «Cuando la madre le preguntó sorprendida qué significaba eso, el padre respondió: “Se debe al progreso”.»

Este «progreso» del que hablamos no era el filosófico del que trataban con rigor escolástico los políticos y los revolucionarios diseñadores de utopías, sino, por decirlo así, su versión de andar por casa. Las gentes sencillas intuían que había que ir adaptándose a lo nuevo y no se entretenían preguntándose por las razones últimas que los empujaban a hacer lo que hacían. Actuaban como acostumbramos a actuar la mayoría, con una mayor claridad sobre lo que tenemos que hacer que sobre el sentido exacto de lo que hacemos. La filosofía del progresismo histórico fue otra cosa. Fue el esfuerzo filosófico por declarar caducada la relación prudente entre el saber y el hacer, sustituyéndola por una confianza a machamartillo en un supuesto saber sobre el progreso humano que entre los revolucionarios franceses era la filosofía y entre los posmodernos, la tecnología. Hoy somos escépticos sobre el saber filosófico sobre la historia, pero mantenemos la convicción de que no podemos quedarnos rezagados, y para ello disponemos de la «innovación». El progreso se ha metamorfoseado en innovacionismo y el revolucionario en tecnólogo.

La innovación no puede identificarse con el progreso porque avanza a un ritmo mucho mayor que nuestra inteligencia para prever sus consecuencias. Los innovacionistas no poseen una imagen clara del futuro, pero no por ello dejan de esforzarse por anticiparlo. Alguien podrá decir que algo semejante era lo que hacían los progresistas, pero estos poseían —aunque borrosa— una meta idealizada que les servía de orientación, mientras que el innovacionismo es un progreso sin meta que a menudo va acompañado de los negros presagios de la distopía.

El innovacionista no puede ser progresista porque no tiene ni idea de qué puede estar incubando la innovación que saca al mercado. No deberíamos olvidar la crisis —mejor: el hundimiento— de las empresas tecnológicas vinculadas a internet, las llamadas «punto.com». Nadie quería perder el tren de la nueva economía y una burbuja fue creciendo inflada por algo tan viejo como la especulación. El boom provocó 5 billones de pérdidas en los valores de estas empresas de marzo de 2000 a octubre de 2002. Recordemos también el entusiasmo con que en España se presentó una empresa como Terra. Las burbujas parece que han venido para quedarse. Intuimos que una u otra se puede estar inflando bajo nuestros pies, pero no estamos seguros de cuándo un magnífico negocio está anticipando una debacle económica.

Si el progresista, en palabras de Fernando de los Ríos, «sólo tiene caricias para el mañana, que es quien puede aportar satisfacciones al mundo de la esperanza», el innovacionista sólo tiene caricias para lo inminente porque es quien puede aportar satisfacciones al mundo de su impaciencia. El innovacionista no puede hablar de esperanza porque toda esperanza está para él enferma de caducidad, carece de aquella fe ciega en el orden y la armonía natural que nutría la acción de los ilustrados.

A mediados de diciembre, pocos días antes de que se acabase el trimestre escolar y comenzaran las vacaciones de Navidad, el director de un colegio de la ciudad de Barcelona

se puso en contacto conmigo porque quería expresarse comentándome lo que le acababa de suceder. Había recibido una nota manuscrita de una madre comunicándole que su hijo de 9 años pasaba a llamarse Jennifer y su hija de 12, Marc. El director me comentaba que no estaba, en absoluto, de acuerdo con la conducta de la madre, pero que el claustro de profesores había decidido no oponerse a su decisión. No les parecía bien que a unas edades tan tiernas la madre aceptara este cambio, sin esperar un tiempo prudencial, pero temían que de oponerse a sus deseos, el centro educativo se convirtiera en el foco del interés de la prensa y en motivo de polémica. Así que callarían y aceptarían los hechos. El primer día de clase posterior a las vacaciones de Navidad, recibió otra nota manuscrita. El niño seguía adelante con su cambio de género, pero la niña se lo había pensado mejor y seguiría siendo la que era.

Lo que me llamaba —y me sigue llamando— la atención es que una problemática de tan profunda dimensión educativa como esta no pueda ser analizada conjuntamente con los profesores, sino que se les comunique a estos por escrito una decisión inapelable que, como hemos visto, después no resultó ser tan inapelable. Pero, sobre todo, lo que me dejó pensativo fue la actitud de los profesores ante el cambio: la sumisión reticente pero silenciosa. Lo sucedido no se correspondía con los cambios que se hubieran considerado tradicionalmente como progresistas, porque no se salía colectivamente al encuentro de lo nuevo, no se proponía, no se avanzaba colectivamente hacia el futuro, sino que se prefería el sometimiento al escándalo. El miedo a herir una identidad autoafirmada pesaba más que las reticencias del profesorado respecto a la conveniencia psicológica de aceptar acriticamente esa autoasignación. Frente a este miedo, la madre estaba segura de lo que en cada momento hacía, sin preocuparle saber si había o no coherencia entre dos momentos sucesivos. Esa seguridad se la otorgaba la visión tecnológica del cambio de sus hijos. En el fondo se trataba

de sustituir unas piezas por otras. ¿A quién le podría parecer mal tal cosa?

Los maestros y profesores son testigos de un profundo cambio que está teniendo lugar en lo que podríamos llamar la retórica de la justificación. La madre de estos niños no ofrece argumentos de ningún tipo para justificar su decisión, sino que da por hecho que en su casa han tomado una decisión sobre una materia que nadie tiene derecho a poner en cuestión y si alguien lo hiciera, consideraría su actitud como una intromisión injustificada. Hoy, lo relacionado con la autodefinición de la persona en cuestiones diversas, principalmente en las de género, no admite réplica. Este cambio tan radical en los usos políticos del lenguaje es otra de las manifestaciones del innovacionismo y de la reducción de lo real en aras del incremento de lo posible.

El aire de los tiempos es el que respiramos. No tenemos otro. Pero no estamos obligados a rendirnos incondicionalmente a su régimen. Podemos negarnos a ser sólo modernos, que no es poca cosa.

Como ya hemos dicho, lo moderno —lo hodierno— ya no significa una mera situación cronológica en la línea del tiempo. Se ha convertido en un valor en sí mismo e incluso en un deber. Hay que innovar porque tenemos el deber de ser innovadores y no perdernos en la carrera hacia el futuro. Hay que innovar porque lo que nos interesa es lo nuevo.

El moderno innovador no ve en el presente una rica herencia del pasado, sino, exclusivamente, la anticipación del mañana. Vive en la fascinación de la continua inminencia de lo nuevo, en el límite del tiempo, convencido de que ser, es ser mejorable y se presta a esa mejora con entusiasmo, rindiéndose incondicionalmente a lo que intuye que está brotando ante él. La forma emergente tiene para él más atractivo que la forma realizada. En conclusión, para el innovacionista, la tecnología es más útil que la prudencia.

El innovacionismo es la transformación de la innovación en una expectante rutina, en una fascinación por el

surgir tecnológico de novedades tan frágiles que el contacto con el consumo las envejece con la misma inmediatez con que Midas transformaba en oro todo cuanto tocaba. En el innovacionismo el movimiento importa más que el contenido, porque en el último producto que acabamos de comprar, están ya insinuados sus desarrollos tecnológicos inmediatos, que es lo que comenzamos a desear cuando apenas hemos tenido tiempo de disfrutar de nuestra compra. Nos desprendemos de lo que tenemos sin haber aprendido a utilizar todas sus posibilidades porque lo innovador es una señal de estatus. La carga axiológica no recae tanto sobre el contenido de lo nuevo como en la promesa de superación que nos sugiere.

No diré, como don Atilano Dehaxo Solórzano, eminente benedictino cántabro, que los novadores tienen al diablo por maestro, pero sí que no es seguro que tengan un ángel clarividente por guía.

COMPENSANDO LO QUE EL TIEMPO RELEGA AL OLVIDO

Lo repito una vez más: el conservador no se niega a ser moderno, sino a ser sólo moderno. En este adverbio, «sólo», se encuentra su diferencia específica. Su pretensión es mantener al presente en la posición que le corresponde, que es la de un entrambo fértil. Intenta preservar el cambio orgánico del mundo de la vida mediante la memoria agradecida del pasado, la circunspección del presente y la esperanza confiada, pero sin panglosismos, en el futuro. El pasado no es para él un mero cementerio del mundo en desuso. Quiere enriquecer la tradición buscando los caminos que ya han sido abiertos por la propia tradición, para renovar así lo que ha recibido de sus padres. Sabe que la tradición nunca está hecha, siempre se está haciendo; que la tradición es transmisión del desarrollo vivo de lo nuestro, la historia leyendo el presente.

Los pueblos poderosos son los que actualizan sus tradiciones, tienen confianza en sí mismos y creen en su capacidad para afrontar el futuro. Juan Valera —que es un liberal que por tener alma conservadora aparece en estas páginas— lo dice así en sus *Estudios críticos*: «Si hay, y conviene que haya, profetas para que columbren lo porvenir, son asimismo necesarios los guardadores de la antigua sabiduría y de la experiencia de los siglos; aquellos que, sin poner obstáculo al progreso, le siguen y prudentemente le ordenan; aquellos que conservan, como el arca de una nueva alianza, las tradiciones que han de legitimarle, santificarle y hacerle fecundo, enlazándole con lo pasado».

En este proyecto de no ser sólo moderno el conservador no sólo no es un excéntrico sino que sintoniza muy bien con una corriente de la modernidad que se resiste a abandonar el pasado en los desvanes del presente. Mientras que los gobiernos gastan cada vez más recursos fomentando la innovación, algo en las sociedades —algo no meramente circunstancial o anecdótico, sino profundo— siente la necesidad de compensar su caída en el futuro con formas cada vez más institucionalizadas de rememoración del pasado. Como bien ha observado Odo Marquard, el moderno muestra una sorprendente necesidad de compensar lo que el tiempo pretende entregar al olvido. Por eso nuestra época innovadora es también una época recuperadora. Buscamos las recetas de la abuela y productos «del campo», añoramos los tomates que sabían a tomate, ponemos chimeneas en nuestras casas de protección oficial, valoramos el buen trabajo artesanal, visitamos paisajes naturales que parece que no hayan sido hollados por el hombre, la ecología se presenta en alguna de sus variantes como una religión ancestral, nos interesa nuestra genealogía, confiamos ciegamente en medicinas alternativas porque supuestamente provienen de «prácticas terapéuticas milenarias», las naciones no dejan de celebrar las gestas de su pasado que consideran más dignas de ser rememoradas, abrimos tiendas en lugares chic

de las ciudades para poner a la venta productos *vintage*, nos manifestamos en contra de la «apropiación cultural» para preservar así lo genuino de cada cultura (el mestizaje, tan defendido hace unos años, ha perdido valor ideológico), hemos elevado lo indígena y lo étnico a categoría moral... Somos innovadores, pero exigimos a las instituciones fidelidades seguras (aunque las nuestras sean condicionales), a las personas que mantengan su palabra y a cada pueblo que preserve su patrimonio.

Los museos más paradójicos son los de arte moderno, que son monumentos estables a la vanguardia en los que descubrimos la rápida obsolescencia de lo nuevo. Un museo de arte moderno no deja de ser un entrañable monumento a la melancolía. Lo que nos dice es que todo lo que alberga ha dejado de ser vanguardia. Por eso, lo que esperamos del arte innovador es que sea diferente de lo que recogen los museos de arte moderno. Cuando más previsible sea el arte de mañana, más nos decepcionará. El museo de arte moderno merece su nombre si está continuamente abriendo nuevas salas que prolonguen el relato de la modernidad con capítulos inéditos. Todas las contradicciones de nuestro presente se exponen en un museo de arte contemporáneo. Ahí está su valor: es un museo de antropología. Nos revela que el mundo humano no puede reducirse a la innovación sin negarse a sí mismo. Lo nuevo no parece ser posible sin la memoria de lo viejo. La capacidad humana para soportar la innovación es mucho más limitada de lo que los innovacionistas suelen pensar.

El conservador ha aprendido de su trato con la historia que quienes sobresalen de la uniformidad, o sea, los verdaderos innovadores, son muchas veces los que se resisten a la comodidad del mimetismo. Lo que perdura de una época suele ser aquello que supo plantarle cara, porque su rebeldía le ha permitido sobrevivir a su tiempo y encontrar sus contemporáneos en el futuro. La espuma que produce el bullicio del presente es lo primero que se lleva el viento de

la actualidad en cuanto rola. Resistir al mimetismo podría ser entonces, por una suprema ironía de la historia, la forma más cabal de ser innovador. No estoy defendiendo una resistencia numantina a lo nuevo, sino la conveniencia de no rendirse incondicionalmente a los primeros emisarios que el futuro nos envía cada día.

LA FUNESTA MANÍA DE NO PENSAR
O LOS LÍMITES DE LA NOVOLATRÍA

El innovacionismo es inseparable tanto de la explosión irrefrenable de las nuevas tecnologías como de una concepción de la tecnología como terreno supuestamente neutral, en el que confiamos poder deponer las armas ideológicas (propias del animal político) y aceptarnos como iguales (en tanto que animales ortopédicos). Las prótesis antropológicas —¿qué son, en definitiva, las tecnologías?— no sólo aparentan carecer de tradición y de historia (no tienen nada que transmitir de sí mismas), sino que se nos ofrecen como herramientas posibilitadoras de la equidad universal. Frente a la pantalla de un ordenador lo relevante no es de dónde se viene, sino la velocidad de conexión. Las tecnologías se publicitan comercialmente como ontológicamente leves. Por sí mismas sólo serían un factor de multiplicación de lo que ya llevamos con nosotros. Pero —y aquí está la cuestión— lo que llevamos con nosotros es también nuestra diferencia.

Si, como sostiene Carl Schmitt,* a lo largo de la historia podemos seguir el permanente intento de los hombres por transformar los terrenos de lucha en terrenos neutros, la tecnología parecía ofrecer un paisaje idílico de progreso con ganancias sin pérdidas. Pero todo terreno neutral es inmediatamente ocupado por la política, convirtiéndose

* Carl Schmitt, *Catolicismo romano y forma política*, 1984, y *La época de la neutralidad y despolitización*, 1929.

así en un terreno de enfrentamiento y polémica. Aparentemente, en el mundo de la técnica no hay nada ni remotamente parecido a las grandes polémicas teológicas, que resultaban inacabables. Los problemas técnicos parecen demandar respuestas técnicas, no dialécticas ni prudenciales, y por eso parecían ofrecer también «una objetividad bastante consoladora». Pero hoy sabemos que no hay dimensión de la política que no tenga su proyección en internet. Y no hablemos de la pesadilla de la evolución por prótesis que nos amenaza con hacernos «transhumanos» o del complejo prometeico (la expresión es de Günther Anders) que se nos despierta ante las promesas de la inteligencia artificial.

De la misma manera que, como le gustaba repetir a don Emilio Castelar, según la lógica moderna, «una idea progresiva, que ha vencido a otra idea reaccionaria, no puede a su vez ser vencida sino por otra idea más progresiva aún», una máquina eficiente que ha vencido a otra menos eficiente no puede ser vencida sino por otra más eficiente aún. Nadie llora por la sustitución de la primera por la segunda. La supuesta neutralidad de la tecnología nos anima a abrirle de par en par las puertas de nuestras casas sin que nos importe tanto lo que puede proporcionarnos, como si es o no de la última generación. La fascinación por la novedad ni se resiente por la caducidad de los productos del mercado ni exige garantías de que el cambio traerá de manera clara una mejora objetiva. Existe entre los consumidores un prejuicio muy favorable hacia todo producto que acaba de salir al mercado. Y eso es lo que cuenta. No es evidente que el nuevo teléfono móvil que nos compramos nos vaya a dar un servicio mejor que el viejo. Lo que es cierto es que nos ofrecerá la posibilidad de hacer cosas que hasta su aparición publicitaria no echábamos en falta.

La moderna tecnología parece haber dado a la ciudadanía lo que demandaba y ella, indudablemente, está respondiendo con agradecimiento e incluso con veneración. No

hay empresas que tengan mejor acogida entre los consumidores que las llamadas GAFA (acrónimo de Google, Apple, Facebook y Amazon). Han conseguido un milagro comercial. Son tan simpáticas que es de buen tono quedar con los amigos a sus puertas un sábado por la tarde. Son empresas «guais», que caen muy bien y definen nuevos estatus. Son emporios comerciales que nos abren las puertas del futuro.

¿Hay algo más alejado de una tienda tradicional que una tienda de Apple?

Si con el resto de las empresas mantenemos una actitud reticente, recelando de su capacidad contaminante, su relación con los trabajadores, sus controles de calidad, etc., con las GAFA tenemos una fenomenal manga ancha. Han conseguido que las percibamos como si fueran un servicio público y les abrimos de par en par las puertas de nuestros centros educativos, dando por supuesto que su colaboración no puede redundar sino en una mejor educación de nuestros jóvenes. Alain Minc sostiene que el complejo «digital-político» es hoy más potente que el complejo «militar-industrial».*

Tocqueville, que escribió *La democracia en América* mucho antes de la revolución digital, ya veía en las sociedades democráticas «una agitación sin objeto determinado» a la que definió como «una especie de fiebre permanente que se traduce en innovaciones de todo género, y las innovaciones son casi siempre costosas». La actual revolución innovacionista es posible por la combinación de la «fiebre» innovadora de la democracia, las necesidades comerciales de las nuevas empresas tecnológicas, la carga axiológica de lo moderno y la preponderancia publicitaria del futuro en el mundo del animal ortopédico. La de la tecnología es una carrera en la que quienes llegan en las últimas posiciones han de sufrir la humillación de su postergación: se quedan inertes (sin arte... ni parte).

* Alain Minc, *Une humble cavalcade dans le monde de demain*, 2018.

Sin embargo, las tecnologías, que resuelven muchos problemas, también crean otros nuevos y aunque sólo fuera por ello se demuestran incapaces de sustituir a la prudencia.

LA IZQUIERDA: DE PROGRESISTA A INNOVADORA

Quien primero se ha subido al carro de la innovación ha sido la izquierda, porque ha creído reconocer en los aires de los tiempos su propio ADN. La izquierda no es una máquina y posee, ciertamente, notables tradiciones. Lo que no está claro es que quiera transmitir las. Más bien parece exclusivamente interesada en mostrarse a sí misma como una energía de cambio, innovadora, que trae nuevos vientos y que, por encima de todo, no tiene nada de inmovilista.

En este sentido los intereses de la izquierda parecen coincidir perfectamente con los del innovacionismo. Sus respectivas miradas sólo tienen una dirección, la del futuro. No hay para ellas nada que conservar, sino mucho que anticipar porque, como se insiste machaconamente en los foros empresariales, sindicales o educativos, o nos preparamos para afrontar el futuro o éste nos caerá encima como una avalancha. El futuro es una amenaza para los rezagados.

La izquierda es, y no puede ser otra cosa, «el partido del cambio» o de «las fuerzas de progreso». No importa saber si el cambio será bueno o malo, lo único relevante es si es demandado por los sectores que se consideran de vanguardia, a los que la izquierda se dirige de manera muy prioritaria. Aquí parece encontrar hoy su identidad. El trabajador tradicional resulta ser menos innovacionista que otros sectores productivos, luego es menos progresista.

Lo importante es no quedarse atrás, no perder el ritmo... huir de la amenaza del futuro anticipándolo... El miedo real entre la izquierda parece ser cada vez menos el de la precariedad laboral y más el de la precariedad de la conexión.